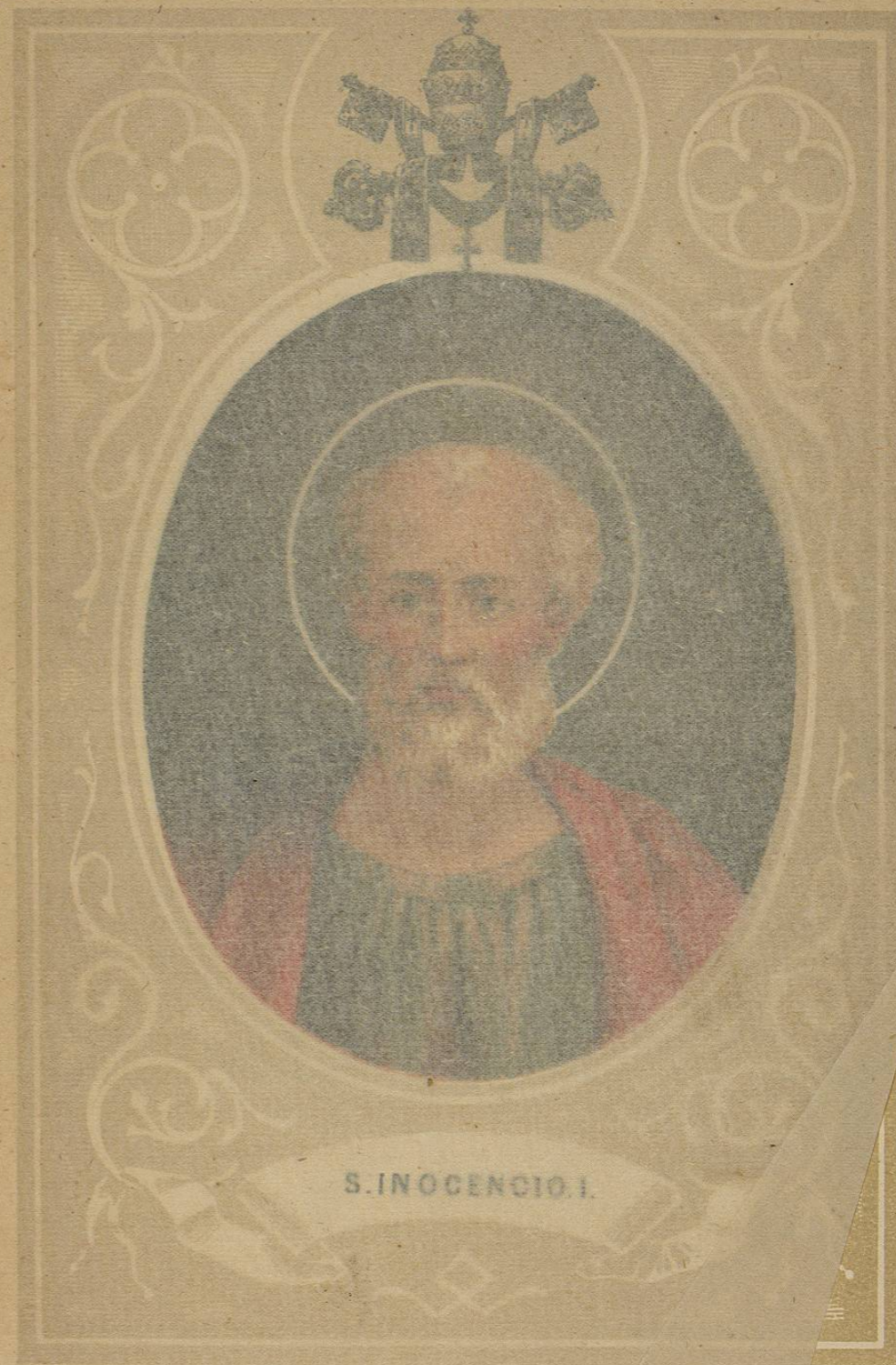


IV.

Nuevo Moisés circundado de celestial aureola, fué San Inocencio I, hijo de Inocencio, diácono del pontífice San Dámaso. Era natural de Alba, en el Piamonte, ó de Albano, lugar próximo á Roma. Elegido pontífice el año 402, ocupó la Santa Sede quince años, dos meses y veinte dias. En 409 marchó á Ravena á conferenciar con el emperador Honorio, á fin de que este confirmase la capitulacion celebrada entre el senado romano y el caudillo godo Alarico que á la sazón asediaba á Roma y que al año siguiente la saqueó, no sin haber dado antes las mayores pruebas de respeto al santo pontífice. Este al volver á la Ciudad Eterna consagró grandes esfuerzos á consolar á los romanos de los padecimientos que les habian infligido los bárbaros y á reparar los daños causados por estos, apareciendo entonces, segun la frase de un escritor ilustre, como un ángel del Señor, enmedio de aquella desolacion y de aquellas ruinas. Restauró las iglesias y las adornó con nuevas labores de oro y plata. A fin de regular los derechos, y los deberes de los eclesiásticos, para aumentar el lustre de la cristiandad y para destruir las pérfidas heregias de Pelagio de Celestio y de los donatistas, publicó muchas y sapientísimas constituciones. Prescribió que las causas mayores, despues de dictada sentencia por el obispo, fuesen enviadas á la Santa Sede, segun la religiosa costumbre que venia observándose. En una de sus decretales declaró irregulares á los bigamos é inhabilitados para recibir las sagradas órdenes, y hace observar que es bigamo hasta el que habiendo tomado esposa antes del bautismo, tomase otra despues, muerta la primera; y segun consta de una de sus cartas, dirigida á Decencio, destruyó el abuso que se habia introducido de dar el beso de paz en el tiempo del divino sacrificio.

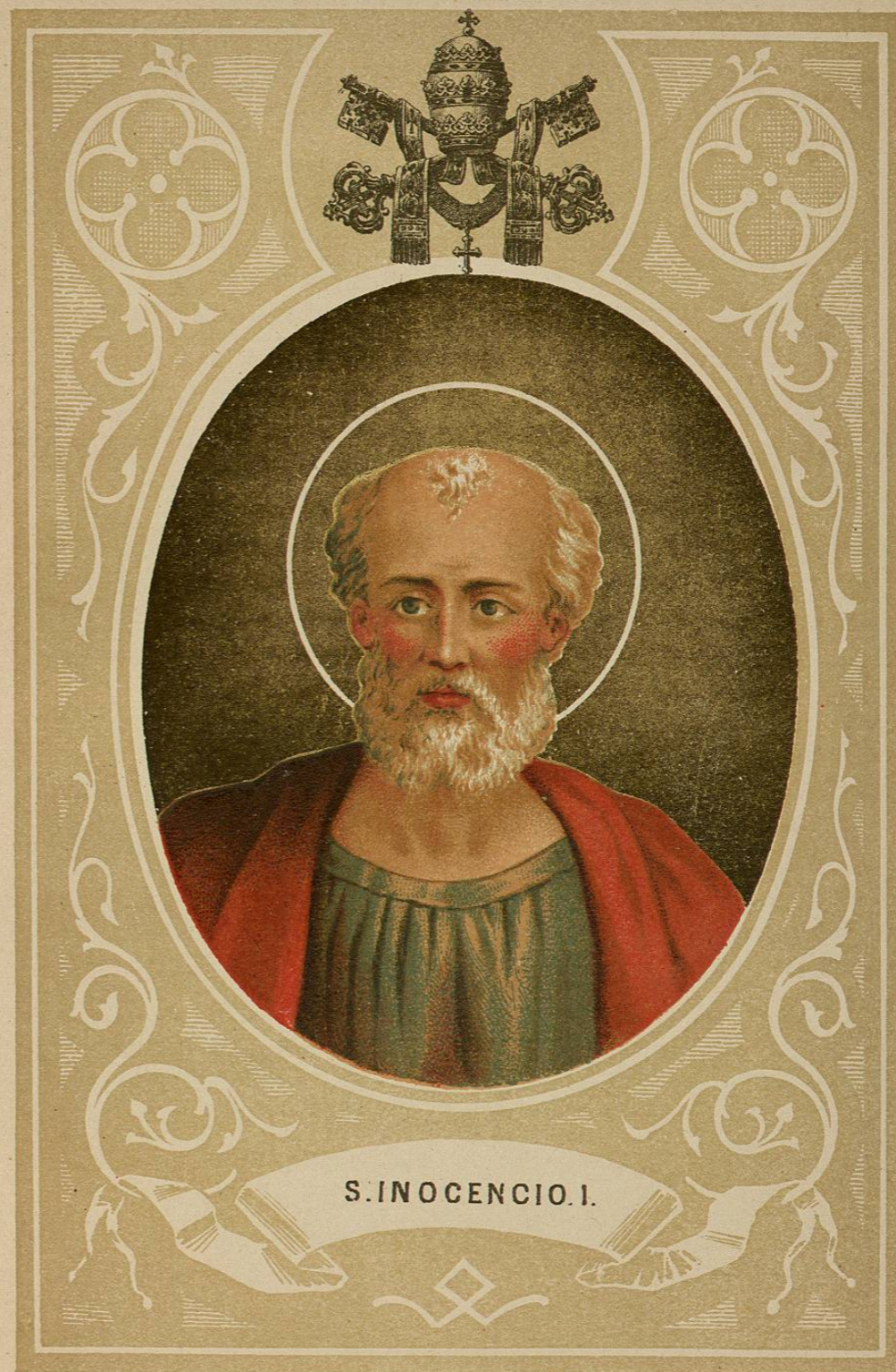
Atribuyense á este santo pontífice asimismo, la aprobacion del ayuno del sábado, observado ya en Roma desde mucho tiempo atrás, en memoria del sepelio de Cristo y del luto de la Virgen y de los apóstoles, y la confirmacion de la tradicion en cuya virtud el viernes y el sábado santos se abstiene la Iglesia del sacrificio de la Misa y de la comunión, recordando el ejemplo de los apóstoles



IV.

Nuevo Moisés circundado de celestial aureola, fué San Inocencio I. hijo de Inocencio, diácono del pontífice San Dámaso. Era natural de Alba, en el Piemonte, ó de Albano, lugar próximo á Roma. Elegido pontífice el año 401, ocupó la Santa Sede quince años, dos meses y veinte días. En 403 marchó á Ravenna á conferenciar con el emperador Honorio, á fin de que este confirmase la capitulación celebrada entre el senado romano y el caudillo godo Alarico que á la sazón asediaba á Roma y que al año siguiente la saqueó, no sin haber dado antes las mayores pruebas de respeto al santo pontífice. Este al volver á la Ciudad Eterna consagró grandes esfuerzos á consolar á los romanos de los padecimientos que les habían infligido los bárbaros y á reparar los daños causados por estos. apareciéndose con tanta frecuencia, según la frase de un escritor de la época, como un ángel del Señor, en medio de aquella desolación y de aquellas ruinas. Restauró las iglesias y las adornó con preciosas labores de oro y plata. A fin de regular los derechos y los deberes de los eclesiásticos, para aumentar el lustre de la cristiandad y para destruir las perniciosas herejías de Pelagio de Celestio y de los donatistas, publicó muchas y sapientísimas constituciones. Prescribió que las causas mayores, después de dictada sentencia por el obispo, fuesen enviadas á la Santa Sede, según la religiosa costumbre que venia observándose. En una de sus decretales declaró irregulares á los bigamos é inhabilitados para recibir las sagradas ordenes, y hace observar que es bigamo hasta el día de hoy el que habiendo tomado esposa antes del bautismo, tomase otra de nuevo, aunque la primera se le hubiese muerto. Según consta de una de sus cartas, dirigiéndose á un obispo, castigó el abuso que se habia introducido de dar el día de pascha en el tiempo del día de sacrificio.

A este santo pontífice asimismo, la aprobacion del ayuno de cuarenta días, observado ya en Roma desde mucho tiempo atrás, y la de la del sepelio de Cristo y del luto de la Virgen y de los ángeles, y la confirmacion de la tradicion en cuya virtud el viernes de los santos se abstiene la Iglesia del sacrificio de la Misa y de la comunión, recordando el ejemplo de los apóstoles



que durante aquellos dias permanecieron en la tristeza y en el ayuno. Ya se ha indicado tambien mas arriba que condenó los errores de Pelagio y de Celestio, así como los de los novacianos; determinó cuales son los libros que deben figurar en el cánón de las Sagradas Escrituras y en cuarenta y dos cartas y decretos defendió contra hereges y usurpadores la supremacía pontificia, hecho que ha reconocido hasta el escritor inglés Bowes. Débese finalmente, á San Inocencio, el triunfo de la fé y de la moral consistente en la declaracion de inocencia de San Juan Crisóstomo, obispo de Constantinopla, depuesto por dos conciliábulos y á quien el pontífice restituyó definitivamente en su silla. La importancia que en la Iglesia tienen, así San Juan Crisóstomo, como sus contemporáneos San Jerónimo y San Agustin, y lo mucho que en sus tareas ayudaron á los pontífices, contribuyendo con sus actos y con sus escritos á la defensa de la verdadera religion, á su propagacion y á librarla de toda clase de heregias, bastan para justificar que se de aquí una breve reseña biográfica de dichos tres ilustres varones, gloria del Catolicismo y de los pontífices que los acogieron siempre como merecian, los alentaron á proseguir sus santas tareas y los defendieron contra la saña de sus enemigos.

San Juan Crisóstomo nació en Antioquía, por los años 344. Crisóstomo es una voz griega que significa *lengua de oro* y se hizo acreedor á que se le diera este nombre por su admirable elocuencia que verdaderamente arrebatava. Es San Juan Crisóstomo una lumbrera de la Iglesia, y sus sábios escritos ocupan un lugar distinguido, pudiéndose comparar con los de San Agustin y San Jerónimo.

Su virtud corria parejas con su sabiduría. Jamás fué inclinado á las cosas temporales y siempre suspiró por la soledad. No deseó brillar delante de los hombres, sinó hacerse agradable á los ojos de Dios, porque su imaginacion estaba constantemente fija en la eternidad. Por esto se retiró á hacer vida solitaria en una montaña vecina á Antioquía. San Melecio que gobernaba entonces la iglesia de Antioquía, que le habia tenido mucho tiempo á su lado, llegó á inspirarle el amor á la soledad.

Una enfermedad que le puso á las puertas del sepulcro le obligó á abandonar su retiro y volver á la ciudad. San Melecio le or-

denó diácono, y mas tarde Flaviano en el año 385 le promovió al presbiterado, recibiendo el encargo de predicar la palabra de Dios, cuyo ministerio desempeñó con gran fruto por espacio de doce años. En sus primeros discursos usaba un lenguaje elevadísimo, tanto que solo podia ser bien comprendido por las personas de mucha instruccion: pero un dia al salir de la iglesia se le acercó una piadosa mujer, y le dijo: «Padre, nosotros los ignorantes no podemos comprender vuestra doctrina.» Como si esto hubiese sido un aviso del cielo, desde aquel dia dejó el lenguaje oscuro de las ciencias y empleó en sus sermones un estilo sencillo adaptable á toda clase de personas, pero que no por eso dejaba de estar lleno de belleza, y de esa natural elocuencia que todos los sabios han admirado siempre en sus homilias. El pueblo entusiasmado le colmaba de los mayores elogios, pero el Santo que no buscaba su propia gloria sino la de Jesucristo, se dirigió un dia á sus oyentes con las palabras: «¿De qué me sirven vuestros elogios, sino veo que no hacéis penitencia? Yo no necesito vuestros aplausos; lo que quiero que exija es vuestro arrepentimiento y vuestras lágrimas.» Este hecho demostraba cuán profunda era su humildad.

La fama de su virtud movió á Eutropio á proponerle para la silla de Constantinopla, despues de la muerte de Nectario. Desde el momento de ser elevado á aquella dignidad trabajó con incansable celo por el bien de la Iglesia dirijiéndolo muy especialmente á procurar la reforma del clero, pues se propuso que todos sus sacerdotes se hallasen adornados de ciencia y de virtud; trabajando al mismo tiempo con el mayor ardor por la reforma del pueblo. Predicaba tres dias en la semana y á veces toda ella, declamando contra todos los vicios, y muy especialmente contra el orgullo de los ricos recomendando á todos la humildad y todas las virtudes.

Con respecto á la cuestion de la limitacion del derecho de asilo, hé aquí lo que nos dice un historiador:

«Apenas habia un año que estaba en Constantinopla cuando el emperador publicó una ley con varias providencias, para limitar el privilegio del asilo. Eutropio era el verdadero autor de esta novedad; y cabalmente luego despues desgraciado de la corte, se refugió en la iglesia para salvar su vida. Acudieron ministros arma-

dos á sacarle con violencia; y San Juan Crisóstomo le defendió con la mayor constancia. Y habiendo acudido á la iglesia un inmenso gentío, el Santo les hizo un admirable sermon. Desde luego hace ver la vanidad de las cosas humanas, y la fragilidad de las mayores fortunas. «¿En dónde están ahora, dice á Eutropio, los que te servian, y daban tantos elogios? Huyen de tí, buscan su seguridad aunque sea á tu costa. No lo hacemos así nosotros: la Iglesia á quien hiciste la guerra, abre su seno para recibirte: y los teatros que tanto protegías, y por los cuales tantas veces te irritaste contra nosotros, te abandonan y persiguen. Ni esto lo digo para insultar á un desgraciado, sino para advertencia de todos en general.» Exhorta á las gentes á que se compadezcan de Eutropio, pinta el temor con que huyó á sagrado, y prosigue: «¿Direís que es indigno de gozar de un asilo que él mismo destruyó? Pero conoce ya por experiencia el mal que hizo: su desgracia nos instruye á todos. El altar es ahora mas terrible teniendo, digámoslo así, ese leon atado á sus piés. Ea, vamos pues á echarnos á los piés del Emperador, intercediendo por Eutropio; y acudamos desde ahora al Dios de las misericordias, para que mitigue el ánimo de Su Majestad, y libre á este infeliz de la muerte, concediéndole tiempo para purificarse de sus pecados con las aguas del bautismo.» En efecto San Juan Crisóstomo salvó la vida á Eutropio; el cual despues tuvo la indiscrecion de salir del recinto de la iglesia, fué preso, desterrado, y algun tiempo despues, á instancias de Gainas, su enemigo, fué degollado.

El admirable valor con que nuestro Santo defendió los derechos del asilo contra una ley reciente, y á favor del mismo que la habia hecho extender y promulgar, le indispuso con muchos cortesanos. Otros no podian sufrir el fervor con que declamaba en público contra los desórdenes públicos. Desde el principio de su obispado predicó contra los eclesiásticos que tenian en su casa hermanas espirituales, esto es, alguna vírgen ó diaconisa, con nombre de *hermana por caridad ó sobrevenida*. Los pretextos ó motivos eran asistir á una doncella que quedó sin padres, ó cuidar de sus bienes si era rica, ó mantenerla por caridad si era pobre. Al mismo tiempo dejar al cuidado de estas doncellas la direccion de la casa, de que dificilmente puede cuidar por sí un eclesiástico. Que-

dan dos sermones del Santo dirigidos contra este abuso: en el uno habla con los clérigos que tenían esas falsas hermanas, y en el otro con ellas mismas. El Santo supone que no caen en ningún exceso contra la pureza de sus cuerpos; y con todo insiste en que debe condenarse esa cohabitación por el escándalo que causa. Desvanece los pretextos en que se funda, y manifiesta varios inconvenientes: el peligro de caer tarde ó temprano en algún crimen con tan continua ocasión: la afeminación en las costumbres que con semejante trato doméstico contraen insensiblemente los eclesiásticos: como también la afición y gusto en verse y hablarse, que es cosa muy vidriosa en personas de diferente sexo. El Santo declamó también contra la avaricia de los clérigos: quería que se les diese sin escasez lo que necesitasen, pero quería también que se contentasen con tener que comer y vestir y que jamás pensasen en atesorar. Examinó las cuentas del ecónomo ó mayordomo de la iglesia: quitó algunos gastos supérfluos: disminuyó mucho el de su casa, y con esto tuvo para edificar varios hospitales, proveyéndolos de médicos, cocineros y sirvientes, que procuraba que no fuesen casados. Pasó visita de las viudas; y á las que llevaban una vida muy deliciosa, las exhortaba á ayunar y mortificarse, ó sino á que se casasen, por no servir de oprobio á la religión.

No necesitaríamos decir que San Juan Crisóstomo tuvo muchos enemigos. El mundo que persiguió tan tenazmente á Jesucristo del que tantos beneficios recibiera, no ha dejado en todo tiempo de perseguir á todos los que han sido fieles imitadores del que es la luz verdadera que ilumina todo hombre que viene á este mundo. Los herejes á quienes tanto combatía el Crisóstomo, los hombres corrompidos á los cuales reprendía, todos conspiraron contra el Santo procurando desprestigiarlo y buscando medios calumniosos para hacerle desterrar, y encontraron para ello la ocasión más oportuna y favorable.

El santo obispo reprendió severamente á la emperatriz Eudoxia la cual se mostró muy irritada contra el venerable Prelado. De aquí tomaron pie los herejes para celebrar en 403 un conciliábulo en el cual fué condenado San Juan Crisóstomo, y en su consecuencia depuesto de su silla y desterrado. Parece que hasta los elementos quisieron mostrar su sentimiento, pues que al día siguiente de aquel

en que se cumplió la inicua sentencia hubo en Constantinopla un horroroso temblor de tierra que destruyó muchos edificios y quebrantó hasta el mismo palacio imperial. Espantada la emperatriz Eudoxia por creer que aquello era un castigo del cielo, mandó que inmediatamente volviese San Juan Crisóstomo á Constantinopla lo que así se verificó, entrando en su iglesia rodeado de los fieles que le tributaron la ovación que era debida á sus grandes merecimientos.

Desgraciadamente no duró mucho tiempo el arrepentimiento de la emperatriz, pues que ocho meses más tarde con motivo de haberse erigido una estatua á Eudoxia y de haberse celebrado unas inmundas bacanales á las puertas mismas del Templo de Santa Sofía, el Prelado protestó solemnemente, como no podía menos de hacerlo en cumplimiento de sus sagrados deberes. Entónces los aduladores de Eudoxia volvieron á reunirse en otro sacrílego concilio y condenaron nuevamente á San Juan Crisóstomo, el cual salió desterrado para Bitinia el 10 de junio del año 404. El papa Inocencio I, que regia entónces los destinos de la Iglesia le escribió una carta para consolarle en su desgracia y lo mismo hicieron otros muchos prelados del occidente.

La muerte de San Juan Crisóstomo ocurrió en Comana á donde había sido trasladado desde Bitinia el 14 de setiembre del año 407. Teodosio, el jóven, hizo llevar su cadáver á Constantinopla, el año 438.

Hé aquí ahora las obras que produjo este santo doctor.

I. LITURGIA. El título indica el objeto de esta obra.

II. ORACIONES. Son una colección de discursos sobre San Pablo, los cuarenta mártires, la degollación de San Juan Bautista, etc.

III. EXPOSITIONES. Sobre los salmos 101 hasta 107, y el salmo 118.

IV. HOMILIA DE ANATHEMATE. Algunos dudan de la autenticidad de esta obra.

V. CATORCE SERMONES SOBRE SAN MARCOS. Según el señor Sanchez que se funda en la opinión de Sixto de Sena, estos sermones no son de San Juan Crisóstomo sino de un monje cuyo nombre se ignora.

VI. HOMILIE IN ACTA APOSTOLORUM.